



Editorial

NICARAGUA, AL FONDO

Las consecuencias más importantes de la agresión norteamericana a Libia van a ser el peligrosísimo precedente sentado por Estados Unidos en cuanto a intervenir militarmente de forma directa en cualquier país al que considere "peligroso" (esta vez la justificación ha sido la de que Libia es peligrosa por ser la fuente del terrorismo internacional, pero en otra ocasión puede tratarse de un peligro consistente en la "exportación del comunismo") y la mala posición en que han quedado los gobiernos europeos aliados de Washington ante esa intervención.

La primera de estas consecuencias, admitida incluso por diferentes medios europeos, implica la casi total desaparición del Derecho Internacional como fuente teórica de normas que garantizan el mantenimiento del status reinante. La utilidad de esas normas, si bien en la práctica ya era muy escasa, es ahora casi nula, puesto que Estados Unidos ha demostrado que no solamente no pasa nada por saltárselas, sino que ha declarado rotundamente su disposición a seguir violándolas, lo que equivale a desvincularse de ellas.

Desde el primer paso dado en ese sentido, con la no aceptación de la sen-

tencia del Tribunal de La Haya sobre el caso del minado de puertos nicaragüenses, en 1984, e incluso desde antes, con la invasión de la pequeña isla caribeña de Granada, Estados Unidos ha venido fomentando una abierta desobediencia a tales normas. El mero hecho de que en los últimos años se haya venido discutiendo en el Congreso y en el Senado norteamericanos la conveniencia de dotar a los contrarrevolucionarios que operan en Nicaragua con cientos de millones de dólares, supone también una flagrante omisión de las más elementales normas de relación internacional sobre no ingerencia en asuntos de otros países. Así pues, la violación del espacio marítimo del Golfo de Sirte, reclamado por Libia como propio, y la posterior agresión masiva a objetivos civiles en Trípoli y Bengazi, no son sino capítulos de la misma historia.

Con todo, no hay un único responsable, que sería Estados Unidos, en esta imposición de la ley del más fuerte. El resto de países llamados democráticos, en Europa Occidental y en otras zonas, todos ellos aliados incondicionales de Reagan, arrastran también una parte importante de la responsabilidad, en la

medida en que no han querido, conscientemente, servir ni siquiera de un mínimo contrapeso a la política belicista de la administración norteamericana, más allá de las declaraciones formales de condena por esta acción en concreto (no por ninguna de las anteriormente citadas).

En la parte que nos toca, el papel jugado por el gobierno español no puede ser más penoso e irresponsable. Consciente de la operación que Estados Unidos iba a realizar (la visita del embajador Walters a Madrid tres días antes de los acontecimientos sólo pudo servir para avisar a González de la agresión), lo único que se decidió a hacer fue convocar una reunión de los "doce" que ha pasado a la historia como una de las más significativas pruebas de la dependencia política de esos países con respecto a Estados Unidos y de su absoluta incapacidad para influir lo más mínimo en las decisiones de la Casa Blanca.

Es inevitable, ahora, que se vengan a la memoria las declaraciones de los líderes socialistas durante la campaña del Referéndum. Según ellos, la OTAN es un "club" en el que hay que estar presente para, desde dentro de él, influir en las decisiones que se tomen, de manera que se

avance en el camino de la distensión y de la paz. Haciendo bueno el refrán de que se coge antes a un mentiroso que a un cojo, los socialistas del PSOE han visto prontamente pisoteada su telaraña de falsedades, y quien precisamente ha ido a pisarla ha sido su "más fiel aliado".

Desde el principio, todos han coincidido en desvincular la acción norteamericana de la OTAN como tal. El propósito, bien claro se ha visto, era no desacreditar esa organización ante los ojos de millones de europeos, más aún de lo que ya está. Sin embargo, la propia lógica peatonal y las advertencias de Gadafi han puesto las cosas en su sitio: el agresor es el socio principal de la OTAN y sus aliados no pueden esperar otra cosa más que verse implicados en el conflicto, desde el mismo momento en que el agredido decida defenderse de la única forma que podía y que, efectivamente, utilizó: la respuesta sobre las bases norteamericanas allí donde podía alcanzarlas, en territorio de países europeos. Fue una isla italiana, pero bien podría haber sido Rota el objetivo de la respuesta libia. Sinceramente, nadie podría reprochárselo, incluso con tratados internacionales en la mano.

Ahora, está claro que al fondo del conflicto con Libia se sitúa Nicaragua. Sabiendo, como sabe Reagan y su camarilla, que Gadafi no es realmente el valedor universal de los "terroristas", e incluso que la verdadera fuente del fenómeno terrorista se encuentra en la múltiple y fortísima opresión a que se ven sometidos los pueblos por el imperialismo, no puede admitirse de buena fe que el verdadero objetivo de esta agresión a Libia fuese "cortar por lo sano" los atentados y sabotajes. De hecho, dos días después de producirse el bombardeo de las ciudades libias, el Congreso norteamericano aprobaba la concesión de una parte de los cien millones requeridos por Reagan para la contra nicaragüense, dejando la discusión del resto para dentro de solamente un mes.

Además, con esta acción, Reagan ha sacado dos conclusiones importantes: primera, que la opinión pública norteamericana está dispuesta a admitir y apoyar este tipo de intervenciones militares, siempre y cuando se hagan con absoluta garantía de que no haya bajas considerables entre los "boys"; segunda, que la "comunidad internacional" (descontando, claro está, a esos pobres y mugrientos que a nadie importan) no es capaz de reaccionar con un mínimo de firmeza, lo que equivale a decir que no habrá consecuencias, ni siquiera por parte de los países del Pacto de Varsovia, en tanto no se ataquen posiciones (países) de importancia estratégica para ellos. La misma URSS no ha pasado, en el caso de Libia, de producir las consabidas declaraciones, bastante fuertes, pero relativamente usuales, y eso tratándose de un país del Mediterráneo, en el que la URSS puede tener intereses militares importantes.

Con estas conclusiones, Nicaragua puede peligrar. Claro está que Reagan sabe que Nicaragua no es Libia. Que para derrotar a Nicaragua es necesario no sólo bombardear un par de ciudades, sino entrar en territorio nicaragüense, ocuparlo y eliminar el sentimiento revolucionario del pueblo nica. Y eso no se logra con procedimientos militares, tal y como demostró Vietnam. Estados Unidos no puede derrotar políticamente a los sandinistas en tanto éstos y la mayoría del pueblo nicaragüense estén dispuestos a volver a las montañas. Los "contras", actualmente, no son otra cosa que "marines" USA, tanto en su armamento como en su entrenamiento, físico y psicológico, en su aprovisionamiento, en todo. Sólo su pellejo puede no ser norteamericano. Sin embargo, sus fracasos se cuentan en cadena y por centenas.

Por supuesto, la solidaridad en el Estado español y en todo el mundo ha de estar ahora más alerta que nunca, por que la "tensión" en el Mediterráneo puede no haber terminado aún y porque Nicaragua puede peligrar dentro de poco, mañana mismo. Pero, al menos, nos queda el aliente de saber que los yanquis, de entrar en Nicaragua, comprobarían, más que posiblemente, qué quiere decir eso de que "la montaña es algo más que una inmensa estepa verde".